

Patología vasca

Esta vez el blanco fue Miguel Angel Blanco. La noticia nos pilló en un pueblo de la costa gaditana. Paseábamos al atardecer por el barrio de los pescadores cuando, en la voz del telediario que llegaba de una taberna próxima, me pareció percibir un tono extraño. Entré y escuché: ETA había secuestrado a un concejal y ponía un plazo de 48 horas a su vida. También para nosotros, igual que para muchos, comenzó entonces una especie de cuenta atrás, como si el empeño en una reflexión solitaria pudiera dar en tan breve período con la clave salvadora del condenado a muerte. Entretanto, aún llegué a observar algo que en apariencia nada tenía de notable: pasado el momento de conmoción, los parroquianos allí presentes expresaban con entera libertad su asco hacia el verdugo y su simpatía por la víctima. ¿Pero era siquiera pensable que, en ese mismo instante, una parecida libertad de expresión y semejante unanimidad en los juicios o sentimientos reinaran en las tascas de mi País Vasco? No, por desgracia no lo era.

Las falsas esperanzas

A la hora de cenar, dos ocurrencias sucesivas vinieron a aliviar un tanto mi impresión primera de que la suerte del concejal de Ermua estaba echada. Primero acudió el pensamiento de que acaso jamás había contado ETA con una baza tan firme para doblegar la voluntad del Gobierno. Bastaba, me parecía, que la banda soltara ahora graciosamente a su prisionero, para granjearse así un cierto (aunque inmerecido) reconocimiento popular y, sobre todo, provocar el descrédito del Gobierno como no cediera a la petición sobre sus presos. Al fin y al cabo, el objetivo de su conminación venía a estar avalado por buena parte de la sociedad vasca y la Comisión de Derechos Humanos de su Parlamento. ¿No manifestaba esta última su decisión de ir a denunciar la política penitenciaria española ante el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo? Pues ella, ETA, tanto en su golpe de fuerza como en ese gesto posterior de aparente buena voluntad que yo quería anticipar, podría presentarse en el papel de garante de un deseo más o menos extendido y hasta institucional que ya no debía quedar incumplido. El final del secuestro sería, seguramente, feliz.

Sólo que me olvidaba de que estos dictados de elemental lógica civil no valían para una organización militar que cree estar en guerra con otra. Un ejército está perdido en cuanto dé síntomas de debilidad, y la suelta de este prisionero así se hubiera interpretado. Además, ¿de dónde me sacaba yo que a ellos les importara, ni siquiera para halagar a su propia galería, la mejora de la condición de sus encarcelados? Tras la reciente liberación policial de Ortega Lara, sólo la ejecución de aquel nuevo desgraciado satisfacía a un tiempo en ETA su sed de venganza y la urgencia por mostrar intacta o recrecida su fuerza.

Igual de engañoso fue el segundo pensamiento que reencendió algo mi esperanza. Consistía en suponer que el Gobierno era muy capaz de hallar la fórmula precisa que, a última hora y en caso de no haber detenido todavía a los secuestradores, asegurara la vida del secuestrado. Claro que la contrapartida exigida por los terroristas -el traslado de sus seiscientos reclusos a Euskadi en dos jornadas- era de imposible cumplimiento y revelaba a las claras que allí no había más voluntad que la de matar. Pero pongamos que el ministro del Interior aceptaba también públicamente someter este punto litigioso de la política penitenciaria al dictamen de Estrasburgo y, con este compromiso, solicitara una tregua a la banda e incluso la hiciera acompañar de alguna espectacular medida de gracia. Pues bien, me decía, ETA no podía rehusar semejante oferta y dejaría libre a su prisionero.

¿Que la fórmula implicaba una cesión inadmisibles del poder legítimo a la pretensión de una banda mafiosa? No, mientras quedara bien claro que el Gobierno de la nación tan sólo aceptaba cautelarmente sumarse a una iniciativa del Parlamento de una de sus Comunidades autónomas, y no a la amenaza de la fuerza. ¿Que, sea como fuere, un paso de esa naturaleza arrastraría alguna pérdida de la dignidad o soberanía del Estado? Como no soy hegeliano, mantengo la superioridad de una vida humana frente a cualquier razón estatal.

Después comprendí que esta segunda iniciativa era, además de jurídicamente descabellada, por lo menos imprudente. Al igual que la anterior, descansaba en la premisa de que la petición del Parlamento Vasco sobre el acercamiento de los presos etarras poseía algún fundamento en la ley española o en los acuerdos internacionales. Pues bien, aunque

discutible, lo tiene y el contacto del recluso con su entorno familiar y social es uno de los medios del tratamiento penitenciario. Pero su carácter controvertido procede, a mi juicio, de lo improbable de que fomentar tal arraigo favorezca en este caso el objetivo final de la rehabilitación del delincuente. No sería justo ni coherente que, para evitar su desarraigo de la comunidad, se realimenten los motivos de su delincuencia y se arriesgue así de nuevo la paz social... ¿Derecho absoluto de los presos o más bien una aspiración razonable, pero condicionada? Sea como fuere, no parecía el momento adecuado para debatir y resolver este dilema.

Así que de nada sirvieron el grito desgarrado de los convecinos de Ermua, ni la súplica general, ni las vigiliias nocturnas en iglesias y plazas ni los apresurados intentos de mediación. Porque, en definitiva, ETA quería asesinar, podía hacerlo y lo hizo. Y el Gobierno, que carecía de instancias racionales que le aconsejaban claudicar ante el desafío criminal de ETA, no pudo impedirselo.

¿Un antes y un después?

Sabemos lo que a continuación ocurrió. Inmediatamente, las manifestaciones multitudinarias, estremecedoras sobre todo en el País Vasco, que fueron más que nunca el clamor -tantas veces contenido por el miedo- de una repugnancia infinita hacia el terrorismo y la incitación a los representantes políticos a acabar de una vez por todas con el horror que no cesa. Vino enseguida la propuesta de aislamiento político y social de Herri Batasuna. A tal punto de unanimidad se llegó entre las fuerzas democráticas, que parecía por vez primera sensato hablar de “un antes y un después”.

No negaré lo acertado del pronóstico, con tal de hacernos conscientes de estar tan sólo al comienzo de ese *después*, de lo largo que se presenta ese período posterior y de la inmensidad de la tarea colectiva que debe ocuparlo. Si la experiencia pasada invitaba sobradamente a la desesperación y sólo la voluntad nos reclamaba el deber de ser optimistas, a partir de ahora el empeño por hallar la salida tendrá también su apoyo en

aquella impresionante marea popular. Pero que nadie se engañe, porque apenas hemos dado aún el primer paso.

Un pronto aviso de la resistencia que nos aguarda procedió de las peñas de Pamplona, que por aquellas fechas celebraban los Sanfermines y se negaron en buena medida a secundar el acuerdo del Ayuntamiento que los suspendía por un día. La más frecuente necesidad política en estos casos consiste en pregonar que las fiestas no deben politizarse. Vale decir exactamente lo contrario: que no sólo hay fiesta gracias a que hay una política que la hace posible, sino que en esta fiesta celebramos nuestra pertenencia común a una *polis* y su vida ciudadana. De modo que una ciudad públicamente dividida, dañada por una atrocidad dirigida contra el vínculo que la constituye, ya no puede festejar su unión ni pueden los ciudadanos enfrentados conmemorar lo mismo.

Lo demás son coartadas ignorantes o hipócritas. ¿Que hay que recuperar cuanto antes la normalidad? Esa normalidad que al parecer puede restablecerse al minuto siguiente de un crimen de tanta envergadura, y cometido expresamente para que nos afecte, es un estado que acoge la abyección como algo normal. Algunos sostienen que a ETA no se le ha de reconocer poder suficiente como para truncar nuestras fiestas, que eso sería tanto como confesar su victoria. Un argumento semejante, so capa de fortaleza, rezuma debilidad moral o cobardía política. O ambas cosas a un tiempo, como sucedió cuando las comparsas del último Carnaval de Tolosa prosiguieron su festivo desfile sobre el serrín que cubría la sangre de Arratibel. ¿Dónde está escrito que una tradición deba pervivir incluso cuando celebrarla se convierte en desprecio del valor de la vida humana? No es un fracaso del terror, sino su máximo triunfo, el que aceptemos su crimen como parte de la fiesta y su bestial excepción como norma cotidiana.

Porque hay que conceder a ETA y a su barbarie la gravedad que tienen, y no minimizarla como si la sangre vertida (¡y en nuestra *liberación* !) nos importara menos que la merienda que nos espera con la cuadrilla. Claro que sí, que son capaces, no sólo de aguarnos la fiesta, sino de malearnos del todo la vida. Pero se diría que, en cuanto empieza la jarana, los mozos dejan de ser ciudadanos. ¿Por qué no es su cometido, como lo es para

todo sujeto político, “entrar en valoraciones” sobre los sucesos públicos? Acaso no están ya valorando cuando juzgan como iguales los “hechos luctuosos de un lado y de otro”? ¿De verdad que no hay que “comprometer la pluralidad que convive en estas Sociedades”, si tal pluralidad alberga también la torpe ideología que aplaude o consiente los motivos y metas de los atentados? Escuchen la ominosa respuesta de nuestras peñas: que “no es nuestro estilo ni nuestro papel; nunca hemos condenado ningún atentado porque nunca nos hemos visto obligados a hacerlo”. Produce escalofríos este afán de exhibir con orgullo semejante inmadurez civil, tanta miseria moral.

El otro gran obstáculo para la tarea de pacificación reapareció en cuanto la política de los partidos locales volvió a sus cauces ordinarios, es decir, a la bronca, a la confusión y a la pusilanimidad. El renacido pacto de Ajuriaenea se ha cuarteado de nuevo a la hora de entender el aislamiento (¿personal, social, político?) de Herri Batasuna y de aplicar sin melindres una política antiterrorista. Uno se pregunta si no se deberá en el fondo a que sus partidarios no dan con una *justificación común* de aquel aislamiento, a que algunos carecen todavía de las suficientes *razones* para emprender esa política. ¿No será porque, por debajo de los mejores propósitos, se comparten aún determinadas tesis del adversario? Si así fuera, como me temo, la más urgente medida profiláctica no sería aquel aislamiento social o político, que ya vendrá por sí solo como fruto de otro anterior y más profundo. Será el aislamiento intelectual, el esfuerzo privado y público de poner en cuarentena cierta mentalidad que *también a nosotros* -a unos más, a otros menos- nos contamina. Será el detectar y valorar como virus morbosos algunos torpes tópicos y falacias cotidianas..., a fin de no incurrir en colaboración objetiva con el de enfrente.

Y es que, a mi parecer, la infección -mental y afectiva, política y moral- es más extensa y honda de lo que algunos se figuran. Aquellos virus son ciertas ideas, así como serán los argumentos contrarios los capaces de anularlos. Habrá sin duda otros muchos factores que explican nuestra convulsión y otros cuantos antídotos que contribuirán a apaciguarla. Pero creo que el que señalo apunta al corazón actual del problema y a las pistas de su solución. Al fin y al cabo, en un combate político y no militar, la primera batalla que ganar es la de las ideas políticas.

Ni siquiera la voluntad de la mayoría, por fervorosa y abrumadoramente que aquí se haya expresado, es lo que más cuenta: la democrática es una voluntad *razonada*. Como se deje llevar por emociones incontroladas, si no se alimenta cada día de conceptos claros y de ideas justas, esa voluntad corre el peligro de diluirse o degradarse. Comienza a reaccionar masivamente (y esto es magnífico) ante la visible enormidad del asesinato, pero se diría que aún no tanto -en la familia, en el trabajo, en la cuadrilla- ante las coloquiales insidias que preparan aquella brutalidad. Porque, insisto, estamos ante una enfermedad colectiva heredada de la generación anterior y que no da señales de remitir por lo menos hasta la siguiente. Y su gravedad es tanto mayor cuanto que muchos resultan inconscientes de padecerla y otros cuantos hasta la viven como síntoma de su excelente salud política.

La cría de la bestia

Pues en nuestra tierra no es la naturaleza la que engendra terroristas. Es su sociedad -mediante una infundada mala conciencia heredera aún del antifranquismo, blandas doctrinas, tontas concesiones de bienpensantes o equidistantes...- la que los crea, los alienta o los consiente. Formar (o mejor, deformar) un terrorista requiere ante todo la producción del *abertzale* radical. Y esta tarea, a la postre la de armar al violento, no se cumple sin el desarme intelectual y moral de buena parte de la mayoría restante. La dejación perezosa o cobarde de muchos hace pasar a menudo por tolerancia lo que es más bien alarmante carencia de nociones o flaqueza de convicciones..

Ya sólo la entrega acrítica a varias fórmulas del lenguaje vigente certifica en parte nuestra rendición. Prohibirse el uso del vocablo *España*, y sustituirlo por el vergonzante *Estado* a fin de evitar algún sofoco ante el grupo, no sólo es el colmo del ridículo (“¡la Vuelta ciclista al Estado!”); es comenzar a justificar la barbarie. Condenar aún la violencia *venga de donde venga*, implica sostener que tan reprochable es el empleo de la fuerza del ladrón cuando roba que la del policía cuando le detiene; o sea, ignorar el punto de partida de nuestra convivencia civil. Lamentar un atentado etarra sólo o ante todo por *inútil*, equivale a aplaudirlo cuando resulte eficaz (¿y cuál no lo es, por cierto, si extiende el miedo?). Distinguir entre la maldad de los *medios* empleados por el terrorista y lo

defendible de sus *fines*, significa ocultarse que es el probable despropósito de estos fines el que exige el recurso a medios desesperados.

Pero, asimismo, repetir sin más reflexión que el euskera es lengua *minorizada* (en lugar de minoritaria), como si su pérdida o desuso fueran sólo resultado de un inicuo plan de exterminio, desemboca en el sentimiento de culpa o en el afán de venganza como impulsos adecuados para recuperarla. O el uso y abuso de una política de *normalización*, ya sirva para aplicarla a nuestra realidad sociolingüística o a las relaciones de la Comunidad Autónoma de Navarra con la Vasca, como si el estado de cosas presente fuera anómalo e indebido y, el futuro soñado, la situación normal o justa. Y confundir la *sociedad* real con un *pueblo* místico, la *izquierda* con el *radicalismo* y éste con la propensión a la algarada, los meros *gustos* de algunos con *derechos* naturales, y así hasta el aburrimiento..., no es precisamente la mejor receta para la paz.

Todo ello flota sobre un caldo mental difuso, que no es monopolio de estos pagos ni siquiera de la cultura (?) juvenil, pero que aquí y sobre todo entre los más jóvenes contribuye al desastre. He ahí, por ejemplo, ese *sentido igualitario* tan políticamente correcto, que vuelve sospechosa cualquier clase de autoridad y disuade en general de obedecer. Es un espíritu colectivo que invita jovial a la participación, pero no al penoso esfuerzo educativo del participante; que estimula la emisión de opiniones, pero que a todas las juzga de igual valor y por tanto devalúa a las mejores. Como “cada cual tiene derecho a pensar lo que quiera”, de esa universal libertad de expresar las ideas se deduce por las buenas el deber de todos a respetar cualquier ocurrencia. Así se mira como síntoma de un talante democrático a toda prueba (que nadie sobresalga, porque “nadie es más que nadie”) lo que más bien resulta fruto del resentimiento del mediocre. Algún día se revelará en toda su crudeza el daño causado por tanto interesado predicador de la pomposamente vacua pedagogía de nuestros días.

Vean también ese complaciente *sentido popular* que impone el dominio del grupo sobre el individuo y predica el espíritu de rebaño. Si lo propio es bueno tan sólo porque es propio, y no porque se haya demostrado bueno, ningún deber más alto que ser de los

nuestros y ninguna conducta más honrosa que la consagrada por los míos. El narcisismo colectivo alcanza entre nosotros cotas inigualables. Hasta en mitad de su tragedia los parientes de algún asesinado por ETA claman contra “esos malnacidos que no merecen vivir en Euskadi”, como si fueran admisibles en otros rincones del globo poblados quizá por gente de peor calaña; o no aciertan a explicarse cómo un vasco ha podido matar a otro vasco, no digamos ya a un nacionalista, lo que entraña toda una concepción de nuestra propia virtud y del vicio ajeno.

Ser “majo” representa aquí el colmo de la perfección. Hacer piña con los míos y defender en común nuestra causa, por necia que resulte y aun a costa de negar la mejor de las ajenas, será tenido por muestra palpable de solidaridad. Majos eran y “muy vascos”, al decir de sus vecinos, los crueles carceleros de Ortega Lara. Un componente primordial de esa “majeza” estriba en la capacidad de rendir las exigencias nacidas del presente a la fuerza sagrada del pasado. Son de recordar las primeras declaraciones del alcalde tolosarra tras el asesinato de Arratibel, según las cuales más grave aún que la muerte atroz del amigo era que “habían matado al carnaval de Tolosa”. O aquel justificatorio comunicado de las ya citadas peñas pamplonesas, en el que se aseguraba que “lo máspreciado de un pueblo” no era su justicia, sino sus fiestas. El caso es que nunca faltarán antropólogos, sociólogos y otros miembros de las sectas académicas que, al elevar las pautas culturales más primitivas de esta tierra (como las de los yanomami o los bororos) a objeto de su saber, ofrezcan la cobertura “científica” de lo que aquí sucede, obtengan alguna suculenta beca y halaguen de paso la vanidad del aldeano...

Añádase todavía el *antiintelectualismo* rampante. Alentado por el romo pragmatismo que el mercado aconseja, reducidas aún más las ya escasas materias críticas de los planes de enseñanza (en el País Vasco la asignatura de Ética ha desaparecido en la práctica del Bachillerato y sus futuros maestros ni se asoman a una sola lección de Filosofía), el desprecio de todo ejercicio reflexivo es un hecho imparable. “Lo que importa es la acción”, “déjate de filosofías y vayamos a lo concreto”, “una cosa es la teoría y otra la práctica”..., se dice sin saber para nada lo que se dice. Como si la realidad fuera la misma para el conocedor y para el ignorante, como si fuera posible una práctica sin teoría o como

si la puesta en cuestión de las premisas no obligase a revisar sus conclusiones. Y así, en lugar del concepto viene el prejuicio, la doctrina degenera en superstición, el debate cede al bufido. Siempre es más fácil salir en ruidosa manifestación que unas cuantas horas de estudio en la biblioteca para apuntalar la causa que se defiende o desbaratar con razones la del contrario; donde esté una huelga de hambre o el encadenamiento colectivo, que se quiten los argumentos.

Así es como decae la conciencia moral y se asientan entre nosotros manifiestas *actitudes inmorales*. Por ejemplo, esa entrega a una solidaridad insolidaria con casi todo como norma superior de conducta. O el descargo de toda responsabilidad personal en instancias superiores que son por definición las culpables. O la creencia en el valor ejemplar y redentor del sufrimiento, sobre todo cuando es el propio. O la presunción de razón a favor de la víctima, sea real o (como es el caso) imaginaria... Serían señales todas ellas de una conciencia débil rendida a lo que Brückner ha llamado “el chantaje del discurso victimista”. Contagiados por este discurso quejumbroso, el sentimiento moral de la piedad o compasión se corrompe en cuanto olvida su vínculo con la justicia. Se llega entonces a equiparar por las buenas todo mal, sea natural o social (el asesinato y la muerte por cáncer o por accidente de tráfico); a igualar la tasa de sufrimiento, lo mismo afecte al agredido que al agresor cuando ha sido prendido; y, por tanto, a reclamar idéntica piedad para todos, igual da a los familiares del asesinado o a los parientes del suicida. Es verdad que la desgracia ajena, incluso si es merecida, debe suscitar siempre piedad; pero, cuando es inmerecida, despierta también indignación hacia el autor de aquella desgracia. De suerte que el dolor que sobreviene al verdugo a la hora de su castigo requiere asimismo ser compadecido, pero la justicia que quiere reparar el daño causado demanda *primero* compasión para su víctima.

Como era de esperar, tanta miseria intelectual y moral había de traducirse en la infección de la mentalidad política de bastantes. De varias de sus categorías más usuales hay que decir que, antes que antidemocráticas, son simplemente *prepolíticas*. Aquí hay muchos que todavía confunden el salvaje estado de naturaleza con el paraíso terrenal, la asociación civil con una imposición arbitraria, la ley con el expolio de nuestra libertad.

Abundan los que se complacen en abominar de la tenebrosa maldad estatal e invocan la immaculada pureza de una sociedad que nunca existió. Como han oído que la guerra está en el origen de muchos Estados, eso solo basta para sospechar del nuestro. Puesto que no hay esfera de la convivencia humana desprovista de algún grado de coacción (desde la familiar hasta la económica o religiosa), toda violencia vale por el estilo.

Viértase semejante repertorio de desatinos en un molde nacionalista sin desbatar, y veamos qué pasa. Pues bien, pasa que la historia entera se contempla como una gigantesca conspiración de la que ellos son sus mártires y que ahora les convoca por fin a la revancha. Que se atribuyen derechos, o sea, propiedades personales, a entidades supraindividuales como el Pueblo o Euskadi. Que los conciudadanos se clasifican en amigos y enemigos, los de aquí y los de fuera, los *jatorras* y la *españolada*; pues sabido es que no hay más opción política que la de nacionalista vasco o nacionalista español. Que la justicia distributiva debe dejar paso a una especie de justicia compensatoria por cuantos males se nos ha infligido. Que la política se cultiva sólo como la continuación de la *borroka* por otros medios, sin desdeñar los guerreros. Que no hay más violencia legítima que la suya, esa respuesta defensiva frente a las demás y que acabará con todas ellas,

Aquí se consagra como evidente la ecuación entre progresismo y nacionalismo radical, por más que su integrismo haya pospuesto los problemas mayores de su sociedad e hipotecado a la izquierda para lustros. Aquí no hay lugar a que cada cual se autodetermine (es decir, decida por sí mismo), mientras el Pueblo doliente no tenga acceso a una autodeterminación de la que nadie sabe definir su sujeto ni su alcance. Lo que saben, eso sí, es que coincide con una fatal predeterminación, por lo mismo que en este pleito a los vivos nos toca nada más que someternos a la presunta voluntad de los antepasados y de sus autorizados intérpretes contemporáneos. ¿Qué es, pues, el Estado español? No más que sus cuerpos represivos. ¿Qué Euskadi? La Tierra Prometida. ¿Y la democracia? Una inmensa falacia. O “una mierda”, como vomitó no hace mucho en un mitin un diputado de Herri Batasuna.

Para este submundo “majos” por definición son los miembros de ETA cada vez que regresan a su pueblo desde la cárcel o el exilio y reciben el homenaje popular o el encargo de inaugurar sus fiestas patronales; majos por excelencia son sus muertos, aunque hayan muerto matando o en el intento de matar. Se ha invertido del todo la relación entre verdugo y víctima, hasta el punto de que la verdadera víctima aparece como satisfecho verdugo de sí mismo: este mes de agosto otra vez preclara de la coalición endilga la autoría de un texto amenazante al propio partido del concejal amenazado. A la inversa, ha llegado la hora de que la víctima imaginaria oficie de verdugo con buena conciencia. Arropado bajo la figura de “judío”, inmolado en un ficticio genocidio, el *abertzale* radical se desprende de toda culpa, rechaza cualquier sanción o censura y proclama el fascismo del otro como disculpa de los propios desmanes. Su autoadjudicado título de víctima le basta y sobra para otorgarse toda razón y derecho. Más aún, el tenerse por “criminalizado” le permite incriminar a todos y el creerse perseguido es su mejor certificado para perseguir. En su impotencia, ya no pide piedad sino que clama venganza: sólo el eufemismo la disfraza como una “socialización del sufrimiento”...

Ya se está a pocos pasos de que uno de éstos empuñe la pistola o arroje el cóctel molotov. No digo que todo *abertzale* radical sea ya un terrorista, pero sí que de momento aterroriza cuanto puede. Sus gritos y amenazas, sus gestos y hasta sus votos, están destinados a causar *miedo*. ¿Cuándo se pasa a provocar esa culminación del miedo que es el *terror*? Cuando oscuramente comprenden que su falta de fundamento no les permite confiar en una lucha política; que su condición de minoría les prueba a cada instante el absurdo de arrogarse la representación general. Pero asimismo cuando, concebido su quehacer como una empresa de salvación, sus metas han de ser a la vez transmundanas e inmediatas. Desde estos fines, tan debido les ha de parecer el recurso a medios mortíferos, con tal de ser eficaces, como insignificante el valor de la vida individual si se la compara con la Vida de todo un Pueblo.

Sólo falta entonces que se adelante el más bestia de la cuadrilla. Pero que conste que a éste lo hemos criado, por acción u omisión, entre todos.

El drama del nacionalismo moderado

Si este es un cuadro aproximado de la perversión general de ideas en nuestro país, uno de sus síntomas más notorios es la negación de que haya ideas perversas. Y esto es lo que hace el nacionalismo vasco moderado, tal vez temeroso de que se abra el camino que conduzca a cuestionar también las suyas. El consejero de Interior del Gobierno Vasco diagnosticaba certeramente hace dos años la dolencia (*El País*, 13. 7. 95) y no vacilaba en culpar de ella ante todo a “los intelectuales del MLNV”, cuya diaria interpretación de la realidad mediante falsos valores procura “justificar la extorsión, el tiro en la nuca o el secuestro”. Lo increíble es el tratamiento que a renglón seguido propone: “La mejor terapia contra esta enfermedad es practicar el principio de que son los métodos, *porque las ideas siempre son legítimas* [sub. mío], la frontera que separa a los violentos de los que no lo somos”. A los pocos días del asesinato de Miguel A. Blanco, y para resumir el sentido de su clamoroso repudio, volvía a recordar el incongruente mensaje: “Hemos condenado métodos [de ETA y HB], no ideas” (*El Mundo*, 19.7.97).

De modo que no sólo resulta insensato todo debate teórico-político, dado que las ideas propias parecen tan válidas como las del contrario y tan aceptable sería invitar intelectualmente a la guerra como a la paz. Es que, además y por lo visto, nada tendría que ver la teoría con la praxis, ni los fines con los medios ni los principios con las consecuencias... Son demasiadas barbaridades teóricas que explican, por desgracia, otras tantas barbaridades prácticas. ¿Que el señor consejero quiere decir tan sólo que el pensamiento no delinque? Según; pues ciertos pensamientos, cuando son prácticos (éticos o políticos, sobre todo) y se difunden en público y con vistas a la acción pública, crean delincuentes e instigan al delito. ¿O acaso puede dudarlo el mismo que ha sido objeto predilecto de los furores de ETA?

La ambigüedad, apuntarán enseguida algunos. Pero la traída y llevada “ambigüedad” del nacionalismo vasco no es una calculada estrategia de sus dirigentes, una actitud puramente subjetiva y adoptada por mera conveniencia coyuntural. Es una propiedad esencial de todo nacionalismo. Al nacionalista vasco no le atormenta la

perplejidad sobre su condición de español o vasco, aunque -como tantos lo han sido y lo somos- bien podría ser ambas cosas a un tiempo sin excesiva tensión. El es vasco, y nada más. Donde *tiene que* ser ambiguo es en una conciencia y en una conducta públicas que tan pronto le llevan a acogerse a los modos democráticos como a desdeñarlos. ¿Y eso por qué? Porque su drama íntimo estriba en pertenecer a la vez a una comunidad mística ideal y a otra política real; su escisión brota de que se debe tanto o más al grupo de sus correligionarios que al conjunto de sus conciudadanos. Y es que no basta con ser hombre pacífico para ser un demócrata sin tacha, ni tampoco con someterse a la regla de la mayoría para llegar a serlo. Si el nacionalista radical es un radical antidemócrata, un nacionalista moderado resulta un moderado demócrata.

De ahí su otro drama. El portavoz del PNV (ya saben: el que temía más a España que a ETA) se indigna profundamente contra “quienes piensan que el germen de la violencia está en el nacionalismo” (*El Mundo*, 17.8.97). Antes de entrar en su fundamento, le propongo dos reflexiones. ¿No estará el nacionalista moderado más tentado, en su inconsciente, a disculpar al terrorista de su crimen que a ese otro adversario político que ahonda en la precariedad de sus convicciones? Al fin y al cabo, y aun cuando lo repudie de corazón, ¿no vendría aquel crimen a probar con su horror lo arraigado de su causa? Por mi parte, tan seguro estoy de que no se debe descargar sobre unos nacionalistas los delitos violentos de otros más radicales, como de que sería injusto culpar al nacionalismo de todos los excesos perpetrados en su nombre; en el suyo, por cierto, y no tanto en el de un sedicente socialismo revolucionario. Pero ¿podrían entenderse esas fechorías singulares sin el trasfondo general del nacionalismo?. Quiero decir que el nacionalismo no será condición suficiente, pero sin duda sí necesaria, de aquellos estragos.

Para que éstos se cometan, harán falta también alguna disposición temperamental, ciertos factores sociales (verbigracia, el desarraigo o el desempleo), otros prejuicios doctrinarios (digamos el que pregona el valor supremo de la fuerza)... que inciten a la violencia política. Pero lo probable es que la mecha se prenda cuando alguna o todas estas condiciones se ponen a operar sobre la base de una acendrada creencia nacionalista. Resulta que formamos parte de un pueblo vasco, “sujeto de derechos”, al que muchos ciudadanos y

un Estado le niegan esa naturaleza y le impiden ejercer tales derechos. ¿Acaso no será entonces la violencia política, no ya sólo una *consecuencia lógica* de esa intolerable negación, sino hasta un *deber moral* nacido de aquel indisputable derecho? ¿O es que no se explica y justifica parecido recurso a la fuerza cuando otros derechos humanos se hallan reprimidos y parecen agotados los demás medios de recuperarlos? ¿Y cómo no ha de creerse el violento autorizado a actuar, si no por delegación de todos los vascos, al menos por implícito encargo de quienes postulan a corto plazo exigencias similares y desde tan cercanos presupuestos?

Porque lo preocupante del nacionalismo moderado es que habla el mismo lenguaje que el nacionalismo radical y esgrime parecidas razones que el nacionalismo terrorista. Preguntemos a sus ideólogos si la reivindicación de los derechos del pueblo vasco suena tan distinta de la consigna batasuna del *Euskal Herria askatu*. Meditemos todos si la política lingüística sería igual de artificiosa y agresiva en defensa de una lengua *minoritaria* que desde el sentimiento culpable de una lengua *minorizada* por dejarla perder o como represalia por un *genocidio cultural*. ¿Se hubiera ofrecido excusa al secuestro y asesinato de Blanco de haberse promovido la *aspiración* al acercamiento de los encarcelados en lugar de proclamarla como un *derecho* inalienable de esos presos? En suma, ¿se mata en nombre de una *sociedad vasca*, que expresa otras inquietudes que las propuestas por los nacionalistas y masivamente reprueba el asesinato como arma política? ¿O se mata más bien por la invocación a un *pueblo vasco*, incapaz por principio de pronunciarse pero al que hay que suponer insaciable en sus exigencias, y a sus supuestos *derechos*, que no pueden ser reconocidos?

El nacionalismo moderado rehuye este debate porque se sabe perdido. Su réplica acostumbrada no apela al raciocinio, sino que se contenta con señalar un hecho: también ellos son objeto de persecución del nacionalismo radical. ¿Cómo va a soportar la insinuación de no ser demócrata o de nutrir la barbarie terrorista cuando él es otro de los blancos de esta barbarie? Reconozcamos su penoso desconcierto, pero la respuesta se me antoja poco convincente. En virtud de aquel drama y de aquella ambivalencia que les atraviesa, en efecto, han de recibir las bofetadas en ambas mejillas: de un lado, el de los

ciudadanos, por demócratas tibios; del otro, desde los que hace ya tiempo se ríen de la común ciudadanía, por tibios nacionalistas. Pero no se vayan a pensar que están en la verdad por aquello de que *in medio est virtus*. La verdad política sólo está hoy en el principio democrático.

Según eso, ¿estoy instando a los nacionalistas vascos a dejar de serlo? Lo que les pido es que abandonen *ese* nacionalismo para el que existe un pueblo con derechos anteriores y superiores a los de sus pobladores. Y tal cosa ¿no es lo mismo que exigirles renunciar al natural amor a su tierra? Ni mucho menos; simplemente se les advierte que no hagan de ese sentimiento, que es también el nuestro, el criterio político decisivo. Como tal el nacionalismo aporta muy poco a la genuina política, cuyo propósito último es promover una organización civil de acuerdo con el ideal de justicia predominante entre sus miembros. En realidad, más que sumar le resta. Pues hacer justicia a un pueblo tenido por sojuzgado, como quiere el nacionalismo étnico, es por lo general lo contrario de hacer justicia a sus ciudadanos. A diferencia de la democrática, esa otra política nacionalista está impelida a subordinar la justicia social a una imaginaria y siempre pendiente justicia nacional.

Así las cosas, se puede ser nacionalista, claro, pero sólo *después y además* de ser ciudadano, y no antes. Es ciudadano (y esta especie sólo existe en democracia) el individuo considerado como primer y único sujeto político, el que no reconoce ningún principio ni instancia capaces de organizar la comunidad fuera de su propia autodeterminación. Satisfecho este requisito, ¿cuál sería ese contenido peculiar del nacionalismo que mereciera llamarse democrático?, ¿qué añadiría el nacionalista vasco al demócrata en su proyecto de vida pública? Como poco, un esmerado cuidado de lo propio, un mayor cultivo (o sea, cultura) de lo que aún nos distingue, una especial conmemoración de algún antepasado común... A lo más, y si hubiera el acuerdo suficiente, la voluntad de conversión de su comunidad política en un Estado soberano. Pero, eso sí, nunca porque la Naturaleza o la Historia o el Pueblo ideal que entre ambas hubieran forjado nos lo ordenen de antemano, sino porque así lo queremos hoy la mayoría de los vascos. Y si los nacionalistas creen tener el Pueblo a su favor, porque antes lo han limitado al exacto contorno de los suyos, con esa mayoría, desde luego, no cuentan.

Un punto que no es final

Los cerriles sólo pueden ganar por consunción de quien se les enfrenta. Si subsisten, no es sólo por el temor que infunden; es sobre todo gracias al inmenso abatimiento (cuando no simple hastío) de un contrario que constata, ¡tras tanto derroche de razones!, no haber arañado siquiera la pétreo coraza del energúmeno. La indudable ventaja del patriota armado es, junto a su simpleza mental, la convicción de ser instrumento de la Historia o, mejor, de la Providencia. Al que se cree héroe en misión contra el Mal nada ni nadie le detiene. Este no muere del todo mientras su Pueblo no muera. A los ciudadanos autoconscientes, en cambio, que tan sólo viven su propia vida y no la vida eterna de su Pueblo, les asalta a diario la tentación de abandonar esta batalla y volcarse en otros menesteres más graves y acuciantes. Si bien se mira, es tan insignificante nuestro problema, tan minúsculo nuestro gallinero, tan monótona nuestra tararira...

No seré yo, pues, quien les recrimine lo que tampoco tengo el derecho a llamar desertión. Este pleito de familia ya nos ha robado demasiado tiempo de nuestra existencia, más aún a quienes sus energías les impulsaban a causas más elevadas y universales. Y, sin embargo, habrá que llamarles a que perseveren en ser fieles a su presente y a sus coetáneos; ¡qué le vamos a hacer si son éstos los tiempos y los compañeros de ruta que nos han tocado en suerte!. *Nuestro padres mintieron, eso es todo*, dice el verso de Jon Juaristi para explicar nuestra desdicha; pero todavía bastantes hijos de aquellos padres siguen mintiendo y otros nuevos retoños corean tan ufanos la mentira. Si los mejores nos dejan, ¿quién contará aquí la verdad?

Vendrán, ay, más asesinatos (y, cuando corrijo este texto, ya ha venido el último que no será el postrero). Y más amenazas y más destrucción y más tumultos..., pues quienes los perpetran están fuera del espacio ciudadano: ni les llega la palabra pública ni, si les llegara, les afectaría en su creencia. Por tanto, cuando lo primero que importa es preservar la vida individual y mantener la paz civil, la primera medida será la de prevenir y castigar sus delitos; lisa y llanamente, una política policial y judicial. Cada vez que algún

enterado pronuncia eso de que el problema vasco no se resuelve por la “vía represiva” está ocultando que, desde luego, tampoco comienza a resolverse sin ella. Tan claro como que no es la solución suficiente ni definitiva parece que debe ser la inicial y necesaria. Y es que el terrorismo obtiene su propósito si logra inyectar el temor entre la población, cuando consigue que la gente tema (al revés que el actual heraldo de los nacionalistas) más a ETA que al Estado. Es decir, en el momento en que el ciudadano medio retira su confianza a ese poder político que no le protege bastante contra el poder de la bestia. Una sociedad atemorizada como la nuestra no es todavía una sociedad civil. Pero tampoco lo sería la que, por medio de sus miembros más exaltados, tratara a su vez de atemorizar ilegalmente a los que la tienen amedrentada.

Para lo cual, por cierto, parece imprescindible esclarecer la pasada ignominia de los GAL amén de otros casos tenebrosos, y no sólo lamentar su macabro error de cálculo o su chapuza. Hay que sentar en el banquillo de una vez y sancionar a quienes los impulsaron o permitieron. Hay que pedir perdón cuanto antes a los familiares de sus víctimas, a los ciudadanos vascos y a los españoles. Mientras tanto, sobre quienes plantamos cara a la barbarie local pesará, nos guste o no, la hipoteca de aquella barbarie de Estado. ¿Cómo va a aplicar con autoridad la ley el mismo que la atropella y no paga por su atropello?

Salvo para firmar un alto el fuego, que bienvenido sea, la clave no reside en la “negociación”. Porque el asunto entre manos no es un negocio cualquiera: algo que pueda ser resuelto entre camarillas, mediante un tira y afloja (“esto para ti y esto para mí”) y en secreto. Para la concordia que anhelamos de poco valen los negociadores, y aún menos los que se erigen en falsos mediadores, éstos que representan más bien a la parte violenta y predeterminan a su favor la salida del conflicto. Tanto trecho se ha cedido ya a los que más vociferan, que se equivocará la política que se quede a mitad de camino, porque se detendrá cerca todavía de lo indeseable.

Pongamos otra vez sobre la mesa la cuestión de los derechos de los presos. Tal fue en este caso la ocasión escogida, la razón invocada por los agentes del terror y secundada por buena parte de políticos. A lo que parece, va a ser también la que alimente el conflicto

en los próximos meses. Ya es triste gracia que los colegas de los convictos nos dicten la agenda política y que la excepción arrincone de nuevo a la regla. Es más que probable que algunos vean en estos condenados a unos luchadores por la liberación del pueblo vasco y, en su acercamiento, una etapa transitoria hacia su pronta excarcelación. Con semejante premisa, mal podemos confiar en la bondad de sus intenciones o apelar al mismo fundamento de los “derechos” que se invocan. Porque somos muchos más los que vemos en esos reos justamente lo que son: los que han atentado contra las libertades de los ciudadanos vascos. Pese a ello, estamos dispuestos, en la medida que lo ordene la ley y por esa humanidad que a ellos les ha faltado, a mitigar sus penas. Y defendemos también, claro está, su reinserción social, pero no el reingreso en su banda.

Ya sé que lo convenido es la unión de los demócratas frente los violentos, sólo que todo indica que esta santa alianza flaquea por el lado nacionalista. Me pregunto, por tanto, si no habrá que desdoblarla en otra unión más previa formada por los no nacionalistas frente a los nacionalistas. No, claro está, para echar a los moderados en brazos de los radicales, que éste es el riesgo, sino para hacer meditar a los pacíficos acerca de las carencias democráticas del nacionalismo y sus extremas consecuencias políticas. Si de verdad les anima un talante demócrata, habrán de renunciar a los presupuestos y metas que aún comparten con los que ya dejaron de ser ciudadanos. Tan nítidamente tendrán que distinguirse de éstos, que los fines de los unos ya no permitirían avalar ni por asomo los medios de los otros. ¿Que su previsible soledad radicalizará aún más a los radicales? Bueno, pero el resto habríamos ganado en claridad y fortaleza a la hora de hacerles frente.

Una paz a cambio de más nacionalismo sería una paz aparente y tensa. Con vistas a alcanzar algún día una paz no diré perpetua, pero sí durable, sólo vale el gran debate público; un proceso de diálogo sin más condiciones que el respeto al otro y la intolerancia hacia las ideas intolerables por intolerantes. Si negociar favorece más a los criminales, porque entraña concesiones arrancadas por su amenaza, y asimismo a los nacionalistas, porque supone la cortés admisión de doctrinas inadmisibles..., hablar a cielo abierto nos conviene a todos los demás. Enredados en sus trifulcas sectarias, aplastados por su

habitual mediocridad intelectual, nuestros políticos no han sabido servirse de lo que en democracia resulta el arma más potente: la palabra dialéctica.

Claro que, se dirá, éste es un diálogo imposible porque falta su primer requisito: el lenguaje común para entenderse. De donde se desprende que el esfuerzo primordial ha de encaminarse a dar con ese lenguaje que llame a las cosas por un solo nombre y por su nombre justo. Estoy diciendo que la política más apremiante y eficaz en el País Vasco, la política en verdad antiterrorista (porque ataca al núcleo y no sólo a su síntoma), es la *política educativa*. Para hablar en los términos escolares de mi adolescencia, una expresa Formación Política frente a la difusa Formación del Espíritu Nacional. Y es que la naturaleza requiere poco auxilio para hacer de nosotros nacionalistas, pero sólo una educación concienzuda puede convertirnos en demócratas. Largo lo fio, en efecto, pero tan largo como parece exigirlo el quehacer de desarraigar aquel *ethos* general grabado a base de ideas precíviles y de pautas inmorales. Yo creo que la solución llegará tan sólo si la generación que nos sigue comienza a prepararse desde ahora mismo para encontrarla.

En Varios, *Ermua. 4 días de julio*. El País-Aguilar. Madrid 1997, pp. 381-402.